

Reseña de Khadija MOHSEN-FINAN (2021): *Tunisie. L'apprentissage de la démocratie. 2011-2021*, Nouveau Monde Editions, París.

Bernabé LÓPEZ GARCÍA

Universidad Autónoma de Madrid

bernabe.lopezg@uam.es

<https://orcid.org/0000-0001-6418-6228>

Para citar este artículo: Bernabé LÓPEZ GARCÍA (2021), “Reseña de Khadija MOHSEN-FINAN (2021): *Tunisie. L'apprentissage de la démocratie. 2011-2021*”, Nouveau Monde Editions, París en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 30, pp. 193-197.

El décimo aniversario del estallido de la “primavera árabe” ha sido ocasión de conmemoraciones múltiples, tanto en publicaciones académicas o periodísticas como en seminarios, mesas redondas o videoconferencias. El libro de Khadija Mohsen-Finan se inserta en esta serie, dedicado al país en el que la revolución de 2011 produjo transformaciones políticas positivas que, pese a su fragilidad por las condiciones sociales y económicas de Túnez, siguen vigentes una década más tarde.

El término “aprendizaje” del título del libro nos da una idea de lo que la autora, profesora tunecina de la Universidad París I (Panthéon Sorbonne), quiere resaltar del carácter democrático, aunque embrionario, del régimen resultante de aquel proceso revolucionario, frágil también en razón de la falta de experiencia y de visión de los actores, del escaso tiempo transcurrido y de las condiciones adversas en que se ha vivido a lo largo de toda la década.

El libro es un análisis cronológico de lo ocurrido en estos diez años, arrancando del momento revolucionario y de las razones y condiciones en que este se produjo. El pueblo, “nuevo actor”, “héroe colectivo”, “emancipador”, logró transformar una *intifada* (insurrección) en una *zaura* (revolución) de abajo a arriba, gracias a una serie de factores, algunos de los cuales, diez años después, siguen presentando zonas de sombra según cuenta la autora. Como el papel del Ejército en aquellos primeros días, en especial del general Ali Seriati o el que la administración americana pudo desempeñar al dejar caer el régimen de Ben Ali.

La presión de la calle, con la ayuda de instituciones de peso en la sociedad tunecina como la central sindical UGTT y el Colegio de abogados, consiguió barrer al régimen, encontrando en la figura de

Béji Caid Essebsi la síntesis entre lo recuperable del burguismo y la revolución, permitiendo superar, como si de un paréntesis se tratase, los 23 años de benalismo. La experiencia de esta figura de 84 años, consejero fiel y varias veces ministro de Bourguiba en ámbitos decisivos como Interior o la política exterior, se va a plasmar de inmediato en los primeros días de marzo de 2011 en decisiones claves como la suspensión de la constitución de 1959, las disoluciones del Parlamento, de la policía política y del partido dominante, el RCD, instrumentos decisivos del viejo régimen, y el lanzamiento de una nueva era política con la convocatoria de elecciones constituyentes.

Todo ello va a obligar a “reinventar la vida política”, creando instituciones para la transición como la “Alta Instancia para la realización de los objetivos de la revolución, la reforma política y la transición democrática”, que buscaba aunar las reivindicaciones de revolucionarios y reformistas en lo que su decreto fundador definía como “autoridad pública independiente”. Esta Alta Instancia acabará convertida en el momento de la transición en Cámara de control y de consulta del ejecutivo, en la que tendrán presencia partidos políticos, asociaciones y sindicatos, encargada de preparar las reglas para la elección de la Asamblea Constituyente que habría de controlar la Instancia Superior Independiente para las Elecciones.

Surge entonces un debate que va a prolongarse a todo lo largo de la década transcurrida: el papel de los partidos políticos, considerados por muchos instrumentos del autoritarismo pero que resultarán imprescindibles para encuadrar, organizar y movilizar –en un primer tiempo– a la población. De esta manera más de 100 partidos concurrirán a las elecciones de octubre de 2011. La autora aprovecha para hacer una digresión histórica sobre el desarrollo de la vida partisana desde tiempos de Bourguiba hasta la revolución, destacando las figuras representativas de cada momento histórico, y para realizar también una reflexión sobre el debate surgido acerca del papel que debía desempeñar la sociedad civil en otra manera de gobernar. En Túnez, la revolución no dio lugar a un instrumento de representación alternativo a los partidos y la urgencia electoral obligó a recurrir a éstos.

Las reivindicaciones de fondo que hicieron estallar la revolución, las desigualdades regionales y sociales que se encontraban detrás de las protestas que acabaron con el régimen dictatorial, quedaron sin embargo postergadas con la emergencia de un debate identitario que iba a presidir las elecciones a la constituyente, enfrentando a modernistas e islamistas y prolongando de otra manera “el esquema político que prevalecía bajo Ben Ali, pero sin Ben Ali” (p. 98).

El espectro político surgido de las primeras elecciones mostrará, de un lado, la fragmentación del polo modernista, dislocado con la prohibición del RCD y atomizado con multiplicidad de liderazgos personalistas y de otro, la relativa hegemonía del islamista Ennahda que contaba tras de sí con una larga historia en la clandestinidad y una organización extensa en todas las regiones que se verá plasmada en la obtención del 42 % de los escaños de la Asamblea Nacional Constituyente.

Esa hegemonía le permitirá escoger los socios para encontrar una mayoría de ocasión que se plasmará en una troika sin programa común, incapaz de afrontar los retos sociales y económicos del momento revolucionario y de llevar a término la tarea prioritaria de definir el marco del nuevo régimen en una constitución. El país se tensa en un debate identitario, acelerado por la violencia del sector más radical del islamismo que llegará hasta el asesinato político de dos figuras de la izquierda en 2013. Asesinatos que servirán de revulsivo para forzar un diálogo nacional promovido por la central sindical y otras tres instituciones de la sociedad civil (UGTT, UTICA, LTDH y Colegio de Abogados), que logrará superar la parálisis institucional, consensuando una constitución y una ley

electoral. Lo ocurrido en el verano de 2013 en Egipto, el otro país que parecía haber cambiado con la “primavera árabe”, en que el Ejército depuso al presidente islamista Mohamed Morsi iniciando una represión drástica de sus seguidores, tendrá su impacto en Túnez, donde el partido Ennahda apostará por el diálogo para evitar una repetición del drama egipcio en la que sería la principal víctima. Un gobierno tecnocrático dirigirá los destinos del país en un año 2014 marcado por la ratificación de una constitución de compromiso en enero y por las elecciones legislativas y presidenciales en octubre y noviembre.

La constitución, principal avance que sigue vivo de la revolución tunecina de 2011 es, según Khadija Mohsen, un texto “rico en principios contradictorios” (p. 159). Fruto de una coyuntura muy concreta, en la que el partido Ennahda se encontraba debilitado por el temor a una salida a la egipcia, la constitución de 2014 resultó más “un acuerdo que fija posiciones” que un “proyecto de porvenir”, según expresa la autora parafraseando a Ridha Kéfi. Lo que no le quita valor alguno, ya que, aunque asegura al islam como la religión del país, afirma la libertad de conciencia frente a la tentación islamista de dejar expresa una mención a la sharia como referencia y reafirma las conquistas de los derechos de la mujer que convirtieron a Túnez en vanguardia en el mundo islámico ya desde 1956.

El periodo que se inicia tras las elecciones de 2014 inaugura una etapa de compromiso fraguado en el pacto entre Caid Essebsi y el líder islamista Rached Gannuchi del 14 de agosto de 2013 en vísperas electorales. Estos dos actores se apoderarán de la escena política, en un *quid pro quo* en el que el primero necesitaba del segundo para obtener la presidencia y controlar el juego político, a cambio de la protección a Ennahda de “la voluntad destructora de los modernistas que pretendían erradicar a los islamistas de la escena política” (p. 165). Concesiones mutuas que llevan a un consenso que, lejos de convertirse en un “medio para permitir el avance de la transición”, terminó siendo un “fin en sí”, viendo “disiparse la revolución y su proyecto que colocaba al pueblo en el centro de la vida política” (p. 21).

Pero con este consenso “el pasado político parece volver con fuerza” (p. 184). En la nueva etapa se recuperan viejos hábitos de la gobernanza del pasado. Con la rehabilitación de la figura de Bourguiba el propio Caid Essebsi cae en la tentación de un presidencialismo que la nueva constitución no permite, imponiendo un primer ministro de circunstancia que no logra llevar a cabo las reformas estructurales que el país necesita, mientras su partido, Nidaa Tunes, conglomerado de coyuntura que logró acaparar por un tiempo el campo modernista, implosionó bajo los efectos del nepotismo presidencial.

Los intentos de superar el bloqueo persistente mediante un nuevo pacto en 2016 (Pacto de Cartago) que no logra la unanimidad y la formación de un nuevo gobierno que incluye a nuevos partidos, se volverán vanos. Fracaso que el presidente achacará a una constitución en la que el primer ministro goza de mayores poderes que el presidente y que no permite gobernar como en el pasado. De ahí el intento presidencial de constituir instancias paralelas al gobierno bajo su autoridad, como el Consejo nacional de seguridad, que acaba injiriéndose en temas como la educación, la salud o la economía.

El enfrentamiento entre las dos cabezas del ejecutivo, la presidencia y la jefatura del gobierno, fuertes cada una de su legitimidad en las urnas o en el apoyo de una mayoría –por precaria que esta sea- en el parlamento, cada uno con competencias bien delimitadas, se convertirá en un vicio del sistema que tendrá repercusiones dramáticas en los años sucesivos.

La vida política tunecina vuelve a enrocarse en la bipolaridad modernismo/islamismo. Béji Caid Essebsi buscará reforzar su poder lanzándose a iniciativas de carácter societal, mientras Rached Gannuchi se instala en el terreno identitario. Entre tanto se olvidan los verdaderos problemas de los tunecinos, abrumados por la pérdida del poder adquisitivo, el paro o el empobrecimiento de

regiones enteras, provocando un nuevo clima de malestar social que llevará a protestas continuadas y a una desafección cada vez mayor hacia los partidos políticos y el propio sistema.

Las elecciones municipales de 2018 darán la primera voz de alarma, con una débil participación de sólo el 33,7 % y el triunfo de candidaturas independientes que mostrarán a la luz pública la desconfianza hacia los partidos. Lo más significativo será el hundimiento de Nidaa Tunes, que perderá las dos terceras partes de los votos obtenidos en las legislativas de 2014 y se lanzará en una lucha fratricida que acabará anulándolo, mientras Ennahda, aunque en cabeza de los partidos, también pierde la mitad de sus electores. La tendencia se confirmará en los procesos electorales de 2019.

En las presidenciales, anticipadas por la muerte de Béji Caid Essebsi que deja el campo modernista sin un candidato de peso, el país se lanza a la búsqueda de un “salvador”, de un hombre providencial que saque al país de la crisis (p. 203). Los electores, como mostraron ya en las municipales, no les importa tanto la ruptura con el pasado o la polarización entre islamismo y modernismo y van a optar por confiar en figuras exteriores al mundo desacreditado de los partidos: el profesor universitario Kais Saied, constitucionalista, y el empresario Nabil Karoui, en prisión por presuntos delitos económicos. El primero de ellos será plebiscitado por el 72 % de los electores, en su mayoría jóvenes, ilusionados por una “refundación total de la vida y de la representación política”. Figura enigmática, Saied atrae más “por su estilo que por su programa”, que apenas si consiste en “devolver la palabra al pueblo”.

Pero no tiene detrás de él un partido que le apoye, lo que se va a revelar más tarde como un inconveniente en sus relaciones con un parlamento en el que no cree, pues en su visión populista la representación indirecta a través de los partidos distorsiona la voz del pueblo.

Las elecciones legislativas darán lugar a un parlamento muy atomizado del que sólo destacan dos partidos. De un lado Ennahda, que conserva una mayoría minoritaria y cuyo líder pasará a presidir la Asamblea de Representantes del Pueblo. De otro Qalb Tunes, el nuevo partido creado por Nabil Karoui, el candidato que se enfrentó sin éxito al nuevo presidente en la segunda vuelta de las elecciones.

La naturaleza del régimen surgido de la revolución de 2011, un régimen híbrido con los inconvenientes del parlamentarismo con su consecuente inestabilidad y del presidencialismo con su tendencia al poder personal, se va a revelar una vez más en el momento poselectoral. El presidente “buscará reforzar el poder del jefe del Estado por la elección del Primer ministro, pieza maestra del sistema político” (p. 231). Pero su intento de escoger primeros ministros instrumentalizables, sin un apoyo fuerte en los partidos, acabará en fracaso una vez investidos, ya que actuarán libres de condicionamientos presidenciales componiendo mayorías instrumentales que le permitan una continuidad en el ejercicio de su cargo.

Sin una concertación de los tres polos del poder (Presidencia de la República, gobierno y Asamblea de Representantes del Pueblo) el sistema político tunecino que debe empeñarse en “procurar trabajo a los jóvenes, restablecer la autoridad del Estado, reorganizar las finanzas del país, llevar a cabo las necesarias reformas económicas y sociales, salir del bloqueo institucional y definir las relaciones entre ejecutivo y legislativo” (p. 228), irá a la deriva. Es lo que la autora trata de decir en la Conclusión de la obra, constatando que no es lo que ocurre en la realidad.

El balance de la década transcurrida presenta, para Khadija Mohsen-Finan en su libro, avances notables en los derechos políticos adquiridos por los tunecinos, en la “fuerza y determinación de una sociedad civil vigilante”, pero ha mostrado también los inconvenientes del sistema, abocado a bloqueos por la falta de concertación entre poderes, y por el juego de alianzas contranatura a que obligan el fragmentado panorama político del país, las tensiones entre instituciones y la primacía de intereses particulares en detrimento del interés general”. Pero pese a las dificultades de la transición, agravadas por los efectos económicos de la pandemia, lo que resalta de la experiencia tunecina en toda esta década es su singularidad, “que marca una ruptura en la historia contemporánea de los países del mundo árabe”.